

## *Stella*

*‘Pulchra stella enim pulchra domina’.*

Eso es lo que hubiera dicho mi hermano en esta ocasión, *‘Una hermosa estrella para una hermosa dama’*. Me encontraba sentada en el techo de mi casa, esperando con ansias la hora estimulada por muchos expertos para poder disfrutar la lluvia de estrellas, o como a mí me gusta llamarle, lluvia de meteoros, que es su nombre científico. Ya había preparado todo; mi telescopio descansaba a mi lado, apuntando directamente hacia la Cruz del Sur, mientras que mi enciclopedia astronómica sentaba en mis manos, abierta en una sección específica.

Desvié mi mirada del cielo y la dirigí hacia el gran libro sostenido por mis largos y delgados dedos. La página marcada era una que tanto admiraba, pues había sido elegida por mi hermano mayor. Cada que ocurría una lluvia de meteoros él me insistía en quedarme hasta tarde a su lado y admirar los astros juntos. A él siempre le han interesado las cosas extravagantes, y es por eso que se dedicó a estudiar Astronomía y, a la vez, el idioma Latín, que, ahora que entendía lo que significaban ambas cosas, eran de lo más extrañas y difíciles.

— “Siempre he soñado con tener una estrella propia, ¿Tú no?” — Me preguntó una vez, su brazo extendido en dirección hacia el cielo, imitando la acción de agarre como si pudiera alcanzar uno de esos astros tan fácilmente.

— “Sí,” — Le respondí, abalanzándome sobre él y ubicando mi mano junto a la suya, — “nuestras estrellas estarán juntas, como nosotros!” —

Ese día él eligió una para mí, era pequeña pero brillaba como ninguna otra, y era así como él me describía seguido. Pero cuando yo intenté elegir la suya él me lo impidió, diciéndome que esperara el momento adecuado. Mi hermano describió cómo fue que se sintió él con detalle; tendría que sentir un cosquilleo, y unas ganas de saltar de la alegría, y allí sabría que esa sería su estrella.

Pasé mi mano delicadamente sobre la página, sonriendo con nostalgia, lágrimas a los costados de mis ojos. Él ahora ya no estaba conmigo, se había ido y me dejó sola con sus pertenencias más valiosas. Por más egoísta que sonara yo no las quería, lo quería a él, la persona que me enseñó tantas cosas y que no paraba de asombrarme con sus historias y raros datos.

Miré hacia arriba una vez más. Estaba oscureciendo lentamente, y el brillo de los astros comenzaba a notarse mucho más que antes. Mi hermano una vez me contó que las estrellas eran esferas luminosas de plasma que conservaban su propia forma debido a la

fuerza de gravedad que ellas mismas generan. Increíble, yo pensé, ellas básicamente mantienen su propia forma con su propia fuerza.

A veces me gustaría ser una de ellas, tener la habilidad suficiente como para poder mantenerme calma y serena, no alocarme ni estresarme por cosas que no lo valen. Ojalá pudiera ser como él, quien siempre parecía de lo más bien y nunca dejaba de mostrar una sonrisa al mundo, aunque pronto supe que no se encontraba en el mejor estado como él demostraba.

Tenía la esperanza de encontrar su astro esta noche, de sentir lo que él había descrito y poder decir, “Esa es. Esa es la indicada”. Él definitivamente merecía mucho más que solo una esfera luminosa de gas, él se merecía el Universo en su totalidad, pero lo único que podría dedicarle sería eso, y con la simpleza de ese hombre yo sabía que era el presente más estafalario que podría haberle hecho.

Suspiré y cerré mis ojos, dejándome relajar por los leves sonidos a mi alrededor. Era una noche altamente tranquila, no se escuchaban vehículos ni personas, solo la naturaleza conviviendo entre sí. Entre los silenciosos árboles se escurría una leve brisa, chocando suavemente contra la piel desnuda de mi ser y siguiendo su danza hacia el Este. Todo estaba quieto, hasta lograba alterarme un poco. Muchos dicen que el silencio absoluto es una oportunidad para reflexionar, pero yo nunca pude superar la partida de ese hermano al que tanto quería y sigo queriendo, y lo único que el silencio rotundo hace es recordármelo.

Se acercaba la hora, ya casi era tiempo de empezar. Dejando el libro en el suelo, que aún seguía en mi regazo hasta ese momento, me levanté y preparé el telescopio. Lo coloqué de una forma que mi hermano me había enseñado tiempo atrás, permitiendo así que se vea gran parte del cielo estrellado. Cubrí con una manta mi forma, la misma que solíamos compartir durante cada lluvia estelar, para que el frío de la noche no me afectara lo suficiente como para perderme el principio de esa situación tan maravillosa.

Mi hermano explicó que la mayoría de las estrellas fugaces no son más que un grano de arena o un guisante, y obviamente no le creí. Me indicó que al entrar un meteoritoide en la atmósfera terrestre a gran velocidad, podemos ver un trazo luminoso, que, en otras palabras, es la mismísima estrella fugaz o meteorito. Él me enseñó tantas cosas que al principio no creía que fueran posibles, pero cuando llegó su hora de partida decidí aprender más sobre sus pasiones y por qué las encontraba tan fascinantes. Claro que dejé el Latín para un futuro más lejano.

Mi alarma me sacó de mi corto trance, indicando que ya era la hora exacta para la gran lluvia. Me acerqué al telescopio y esperé, paciente y tranquila, que era lo que se necesitaba para estas ocasiones. Uno tiene que mantenerse calmado para no perderse ningún detalle. Miraba fijamente el cielo oscuro, iluminado por las luces naturales a las que llamamos astros y las luces artificiales de la ciudad.

Luego de unos minutos vi la primer estrella fugaz. Era diminuta, como él me había contado, pero igual así pude notarla en la gran, extensa manta pintada de negro. Sonreí levemente, tan pequeñita contra el resto del espacio, quién hubiera imaginado que podría compararme a mi misma con una simple estrella. Su destello pronto se mezcló con la oscuridad del cielo, dejando así un fino, casi invisible rastro de luz detrás de ella que también desapareció segundos después.

Muchas de ellas pasaban cada vez más, y yo por supuesto las admiraba como si fueran las últimas que fuera a ver en mi vida. Las contaba y analizaba como podía antes de que se fueran de mi rango de vista. Increíblemente, para mí cada una de ellas era diferente de las demás, no había igualdad entre ellas, lo que las hacía aún más especiales y hermosas. Algunas brillaban más, otras eran más veloces y hasta había algunas que me recordaban a colores, todas tan perfectamente imperfectas. De verdad fue un momento inolvidable.

La noche pasó más rápido de lo que me hubiera gustado, pero aún así disfruté cada segundo. Sólo faltaba guardar todos los objetos en sus respectivos lugares y esperar un nuevo día. Dirigí mi mirada una última vez hacia el cielo despejado, analizando cada una de las estrellas que parecían inmóviles, como lentejuelas pegadas a una negra hoja de papel. Estaba a punto de despedirme de mi hermano cuando la vi.

Su estrella.

Dentro de mí algo saltó, como si mis interiores se hubieran estremecido de la euforia inexplicable que sentí al ver ese astro tan único. Era precioso, brillante, grande, imponente. *Perfecto*. Esa era la estrella, no podía ser otra. Esa era *su* estrella, ahora le pertenecía, no había vuelta atrás. Soltando mis cosas y sin importarme cómo o dónde cayeron, agarré una vez más el telescopio para verla más de cerca. Sí, definitivamente esa era.

De mi cansada cara surgió una enorme sonrisa de gran felicidad. Las lágrimas que antes me obligué a no soltar caían de mis ojos como pequeñas cataratas, pero no eran de tristeza, no. Eran de pura emoción y contento. Al fin la encontré, y al fin tuve la oportunidad de brindarle al hombre que tanto admiraba un regalo digno de su personaje.

— Lo logré. — Susurré al silencio, esperando que el viento se lleve mis palabras para que le lleguen a mi familiar más querido. — Esta estrella te pertenece, hermanito.

O como él hubiera dicho...

*'Stella, qui ad te pertinet'*.